CARLOS V Y SU TIEMPO EN EL CANCIONERO POLITICO ALEMAN CONTEMPORANEO

POR

ANTON M. ROTHBAUER

Desde la primera noticia que en 1507 nos da el Cancionero Político Alemán de Carlos V hasta la ópera de Krenek en 1933 nos encontramos a menudo con la figura del Emperador. Aunque no tengo la intención de analizar aquí la obra de Krenek, me parece, sin embargo, bastante significativa, no tanto por la manera de enfocar a Carlos V, sino por la forma musical. Utilizando dos sistemas musicales diferentes, el antiguo, todavía clásico, y el moderno de Arnold Schönberg, el gran compositor alemán simboliza a la vez al Emperador, deshaciéndose éste entre dos épocas históricas y nuestro propio tiempo.

Me he propuesto estudiar, aunque sumariamente, a Carlos V en el Cancionero Político Alemán, contemporáneo a él. Dejaré aparte aquellas canciones y escritos de fondo teológico para limitarme a las políticas, a través de las cuales, como es natural, se trasluce la preocupación religiosa de aquellos tiempos enlazada con lo político. Aunque no alcance mi modesto trabajo la importancia de otros, creo, sin embargo, que ofrecerá un aspecto de la imagen de Carlos V, algo descuidado hasta ahora.

Se trata de 318 canciones impresas que abarcan un período que va desde 1507 hasta 1544. Antes de entrar en la materia misma, permitidme hacer algunas observaciones sobre estas canciones. Aunque populares, no son nunca creación de un "Volksgeist" romántico, sino obritas de autores conocidos por su nombre y apellido —entre ellos Hans Sachs, el único que tiene importancia literaria— o, aunque anónimas, son creaciones individuales. Literariamente son muy toscas y no alcanzan la altura literaria a la cual se había llegado en España ya con Gonzalo de Berceo. Algunas canciones, no cabe duda, están inspiradas por los partidos en pugna y equivalen a manifiestos destinados a influir en la mente de la gente humilde; otras reflejan la manera de pensar y enjuiciar de esta misma gente. Todas las canciones han salido, y esto me parece darles su valor, de las capas inferiores de la sociedad alemana de entonces. No hay en ellas ni la claudicación cortesana ni la ponderación del investigador, pero

sí la reacción popular frente a los acontecimientos, expresando todos los temores y alegrías de la gente humilde. Los autores, en su mayoría, son pequeños artesanos, lansquenetes o individuos que, como periodistas rudimentarios, sustituyen a los juglares medievales. Son "la opinión pública", la reflejan y, a la vez, gracias a la letra de molde, la hacen con los millares y millares de textos, que incluso llegaron a ser cantados sobre melodías conocidas en las tabernas, los campamentos de los ejércitos y en la plaza pública. Unas veces las canciones tienen tono de crónica; otras veces se hacen satíricas al enjuiciar a las personas y los acontecimientos. Durante el período que es objeto de mi estudio las canciones políticas alcanzan dos puntos culminantes: el primero, entre 1520 y 1530, y el segundo, entre 1540 y 1550. Después de 1554 la canción política decae tanto en cantidad como en calidad, y sólo algunos sucesos—los turcos, las guerras de Flandes y la Guerra de los Treinta Años—despiertan algún interés. Las causas de la decadencia de la canción política son varias: la desorientación política, el cansancio general por las luchas intestinas, las Ordenanzas Policíacas Alemanas—la primera es de 1547—dirigidas contra la distribución de canciones y folletos, facilitándose el control policíaco gracias al *Impressum* impuesto en 1530 por la Dieta de Spira.

De un primer análisis pueden sacarse algunos resultados de interés. Repito que tenemos unas 318 canciones que abarcan casi medio siglo. Inmediatamente salta a la vista que toda una serie de acontecimientos que en el medievo hubieran despertado el máximo interés por satisfacer el romanticismo innato de aquellos tiempos no hallan en la nueva situación—realista ahora de un realismo bastante crudo y cerrado—la menor aceptación, a pesar de propagarse todavía varios vaticinios, hecho que aparentemente contradice al realismo nuevo. No me refiero ahora a una posible incomprensión de la importancia histórica de dichos acontecimientos, sino al hecho de que se habían callado por completo: el descubrimiento de América, la conquista de las Indias, la circunnavegación de Africa, la gran empresa Magallanes-Elcano, etc., etc. El horizonte limitado frente al Occidente, que iba ensanchándose, se reduce todavía más si nos preguntamos hasta dónde llegaba el concepto de Europa no como entidad geográfica, sino espiritual. Analizando las canciones políticas resulta que la gente de entonces, con excepción de algunos espíritus privilegiados, no llegó ni a vislumbrar tal concepto. Ya se había roto definitivamente la unidad espiritual de la Edad Media, y nos encontramos con unas formas antiguas sin su contenido correspondiente—con puras fór-

mulas—y, de otra parte, con unos conceptos nuevos sin su forma adecuada. Las canciones políticas del período en cuestión reflejan siempre lo más cercano y tangible. Ni una canción se refiere a Carlos I de España hasta que llega a ser rey de los romanos. La expulsión de Rodas de la Orden de San Juan, la pérdida de una avanzada cristiana frente al Islam, aparece muy tarde y como episodio secundario. Y más sorprendente resulta que entre tantas canciones no hay ni una sobre el Saco de Roma, a pesar de ser los protagonistas de esta hazaña los mercenarios de Jorge Frundsberg. Muy tarde se menciona, también al margen, cuando Frundsberg aparece en una canción protestante desempeñando el papel de héroe del protestantismo político. El nacimiento del futuro Felipe II no parecía tener ninguna trascendencia. Tampoco dejó huella la fundación de la Compañía de Jesús, ni su autorización por el Papa. No creo que una advertencia en una de las más recientes canciones políticas—«¡Cuidado de los cuervos que vienen de España!"—se refiera a los Padres Jesuítas. Se podría objetar que todos estos acontecimientos, y muchos otros no mencionados por mí, se produjeron muy lejos de Alemania; pero debo advertir a los críticos que tampoco tenemos noticia de acontecimientos ocurridos en las fronteras del Imperio mismo, como, por ejemplo, la persecución de los protestantes en Francia. Hubiera sido excelente material de propaganda anticatólica. Pero hay canción sobre la muerte de Francisco I, que tantas guerras sostenía contra el Emperador.

Incluso lo ocurrido en Alemania no repercutió siempre en todos los territorios de habla alemana. El Norte a menudo desconoce los sucesos en el Sur, y viceversa. Hasta aquí el aspecto general del Cancionero Político Alemán en el período que nos interesa.

Sea como sea, la personalidad del Emperador dejó fuerte huella en la canción política alemana. De las 318 canciones, ya 149—casi la mitad—hablan de Carlos V. Su hermano Fernando, rey de los romanos y futuro emperador, llega a sólo 26 canciones, y Francisco I, como adversario de Carlos V, a 45.

Nos encontramos con la primera noticia del futuro Carlos V en una canción del año 1507 ocasionada por la expedición de Maximiliano I a Italia. Se dice en ésta que el archiduque vengará un día la muerte de su padre, Felipe el Hermoso, envenenado en España. El rumor del supuesto envenenamiento debe haber corrido ya mucho antes, a juzgar por las canciones anteriores. De repente estos rumores cesan. Otra canción, ésta de 1517, preconiza la inminente guerra con Francia, y refiere a Carlos V la historia de «la doncella de Bre-

taña», como si Francisco I hubiera quitado a Carlos una esposa, como lo hizo Carlos VIII de Francia con Maximiliano I en el asunto de Ana de Bretaña. La promesa hecha por el rey de Francia en el Convenio de Noyon no permitía tal interpretación; se trata de una pura reminiscencia. Todavía se habla de la venganza que el archiduque Carlos había de tomar por las continuas afrentas de los franceses.

En las cuatro canciones del año 1519 sobre Carlos V, Emperador, ya se nota otro tono que en las anteriores. La primera todavía sólo expone los títulos del nuevo Emperador para demostrar su poderío; pero ya la segunda habla de la lucha contra los turcos como tarea principal y sagrada del príncipe cristiano. La tercera exhala un suspiro de alivio, diciendo que "habría habido gran matanza si no hubiera sido elegido Carlos», pero prosigue que, no obstante, llegarán días muy duros e implora el autor a la Madre de Dios. Ninguna de estas canciones alude a Lutero o a las dificultades de la elección, que más tarde serán un tópico a menudo repetido. Lutero mismo, en su escrito «A la nobleza cristiana de nación germana» (otoño de 1520), dice del Emperador: «Dios nos ha puesto como cabeza a un joven noble y gallardo, despertando grande y buena esperanza en muchos corazones.» Pero dos años más tarde, en su escrito «Abusando de la Misa», Lutero subraya ya la renuncia de Federico de Sajonia y dice que a pesar de la renuncia había cumplido con el antiguo vaticinio, porque había sido elegido emperador y "sería emperador, si así lo hubiera querido». Dice Lutero que Federico de Sajonia había librado el Santo Sepulcro según el vaticinio. El Santo Sepulcro es, según la interpretación de Lutero, el Evangelio mismo. Más tarde, en 1546, la renuncia de Federico de Sajonia sería otro argumento de los protestantes contra el Emperador.

En su «Karl V» (pág. 107) dice Karl Brandi que el pueblo alemán se encontró en 1520, en los tiempos de la Dieta de Worms, en un estado de extremo nerviosismo, cuya causa sería el creciente nacionalismo. Para apoyar su tesis, Brandi se refiere a una canción política en que se habla del «primer libertador de los alemanes del yugo romano»—Ariovisto—y de las luchas sostenidas por los emperadores alemanes contra los Papas. Pero la referida canción fué escrita en 1546 a ocasión de la Guerra de Schmalkalden. Entonces sí que el grupo protestante extremista—protestantismo religioso y político—ve en Carlos V al extranjero y enemigo de los alemanes. Pero en 1520 la situación era todavía diferente. Si que había nerviosismo, pero de orden social. La primera de las canciones suplicatorias a ocasión de la Dieta de Worms tiene indudable tono erasmista, pero

es de fondo social, repitiendo las quejas populares con la esperanza de que el Emperador se ponga al lado de los humildes para mejorar la suerte de éstos. Se expone la triste situación de los campesinos, que, en efecto, tuvieron que entregar a sus señores las dos terceras partes del producto de su trabajo. La otra canción, también de fondo social, va dirigida contra las «fuggereien», compañías comerciales con participación de los señores y príncipes. El autor defiende a los artesanos y pequeños comerciantes de las ciudades y espera que el Emperador acabe con las prácticas usureras de las compañías comerciales monopolistas.

En varias canciones dirigidas contra los turcos se habla de una profecía, según la cual el turco irá a Colonia para ver a los Reyes Magos, cuyos cuerpos, según la leyenda, se hallasen en aquella ciudad. Carlos V dará allí la muerte al turco. Luego reunirá un gran ejército, con el cual se embarcará para conquistar el mundo, sometiéndolo a la cruz de Cristo. Esta profecía con referencia a Carlos V aparece por primera vez en una canción de 1520 y se repite hasta 1543, año en que puede comprobarse en una canción escrita en lengua flamenca. El origen de tal profecía es muy antiguo y, según Karl Hübscher—*Die Große Weissagung,* München, 1552—, está en «Isaías 11,3-9». Luego, pasando por los pueblos y los tiempos, la profecía se transforma, se juntan los vaticinios de la Sibila Tiburtina y los de Metodio, y, por fin, nos hallamos ante un Emperador «de fin de los tiempos», que mata al turco, conquista el mundo para establecer la paz y deposita sus insignias imperiales en el Santo Sepulcro o en un árbol seco que empieza luego a verdecer. No quiero entrar en los detalles de la «Prognosticatio», de Johannes Lichtenberger (1488), y los vaticinios de otros. Pero lo que sorprende es la idea de la renuncia del Emperador «de fin de los tiempos», que va paralelamente con la renuncia de Federico de Sajonia, para permitir la elección de Carlos V. Puede ser que ambas renuncias influenciaron en algo en la decisión del Emperador en 1556 y el retiro a Yuste.

Otro aspecto—no lo profundizaré aquí—sería la influencia de las profecías y vaticinios en Lutero. Este, en 1527, habría traducido al alemán la «Prognosticatio», de Johannes Lichtenberger. Además, sabemos por sus «Discursos de sobremesa»—núms. 1297, 1790, 2756, 3684, 5326 y 6893—que los tomaba bastante en serio.

Todas las canciones dirigidas contra los turcos interpretan la amenaza turca como castigo divino por haberse apartado el mundo cristiano de los mandamientos de Dios. Se quejan de las discordias de los reyes y príncipes cristianos y pregonan la urgencia de una coali-

ción contra el enemigo común. En 1522 encontramos una crítica del Emperador, todavía aislada, diciendo una canción que si viviese todavía Maximiliano I éste habría ya vencido al enemigo de la cristiandad. Por otra parte, en 1530, un autor protestante espera que Carlos V consiga unir a todos los cristianos contra los turcos, recordando que el Emperador viene de España, tierra que había dado al mundo cuatro grandes emperadores: Carlos V, Trajano, Teodosio y Alfonso.

Pero a partir de 1546 todas las canciones contra los turcos escritas por protestantes reflejan el cambio profundo de la actitud original. Se dice ahora—disculpa política de los protestantes frente a FranciscoI—que el Emperador había engañado a los alemanes al declarar que el rey de Francia se había aliado con los turcos. Ahora, siguen estas canciones, resulta muy claro que las expediciones de Carlos V contra los turcos eran otro pretexto más para sacar dinero, para satisfacer sus intereses personales. Fuera de algunas gacetas y traducciones de informes testimoniales, una sola canción contemporánea celebra la victoria del Emperador en Tunis (1535). Es de Hans Sachs, poeta de Nuremberg y protestante religioso, pero no político. Sólo los católicos mencionan la victoria de Tunis en canciones ulteriores.

Hasta 1536, con excepción de algunas de 1525 y anteriores, no hay canciones antifrancesas de alguna importancia. En la primera que trata de este aspecto, el autor—Hans Sachs—censura al rey de Francia de haber aprovechado los preparativos del Emperador para una guerra contra los turcos para invadir a Savoia y obligando de este modo a Carlos V a la guerra contra un príncipe cristiano. Concluye con la propuesta—concepto medieval—de que el vencedor de esta guerra junte ambos ejércitos para ir a combatir al turco. Casi todas las canciones de 1543 y 1544 están en favor del Emperador; sólo una canción, escrita por un lansquenete suizo al servicio del rey de Francia, se queja amargamente de que ni pobres y ricos, ni reyes, príncipes, e incluso el Emperador, cumplan lo convenido en tratados; se engañan mutuamente para echar luego la culpa uno a otro. Durante la guerra de Schmalkalden, los protestantes se disculpan —como ya he demostrado—ante Francisco I por su antigua actitud antifrancesa. Luego, en 1552, a ocasión de la anexión de Metz, Toul y Verdun por los franceses, hay sólo canciones católicas que protestan contra la mutilación de los territorios del Sacro Imperio.

Al fracasar las Dietas, los Coloquios religiosos y la idea del Concilio, la actitud del sector extremista del protestantismo se manifies-

ta en la canción política por la creciente desconfianza, que muy pronto se troca en hostilidad abierta frente al Emperador. Sólo algunos protestantes todavía ven en el Emperador la unidad política personificada, capaz de reformarse sin peligro de la unidad. Pero el sector extremista del protestantismo político ensancha su lucha contra la monarquía espiritual del Papa con la lucha contra la monarquía universal del Emperador. Más tarde reprocharán a Carlos V el haber querido transformar a Alemania en monarquía absoluta sometida a la Casa de Austria. Tenemos toda una serie de canciones protestantes de los primeros tiempos en que se expresa todavía la esperanza de poder atraer a Carlos V a la causa de la Reforma, considerándole como «justo» y «bueno», pero actuando bajo el influjo nefasto del Papa y de los consejeros imperiales. Esta actitud concuerda con la de M. Bucer, que todavía en 1543 termina una larga carta a Bullinger, diciendo: «Imperator posset multum, si vellet Germaniae imperator esse et Christi servus.» En otra de las canciones de la misma época se reprocha a Carlos V ser un «tonsurado»—habiendo actuado en su coronación como diácono—, de no haber hecho nada contra los turcos, pero haber procedido con toda crueldad contra los ultrajados campesinos. Tanto en Austria como en Flandes, dice el autor, los católicos cometen los más abominables crímenes, pero—y se vuelve al tono conciliador—todo no es culpa del Emperador, sino la de sus malvados consejeros. En 1541 escribió Hans Sachs una canción alegórica del tipo «somnium» en este sentido. Allí el «noble» Júpiter (Carlos V) es juez en el pleito entre Doña Veritas (el Evangelio) y Doña Hipocresía (la Iglesia Católica), pero, mal aconsejado, deja a Doña Veritas en cadenas a pesar de aparecer Marte (el turco).

Pero ya en 1530 nos encontramos con algunas canciones protestantes que van directamente a la ruptura y son precursores de las amenazas proferidas por el mismo grupo entre 1546 y 1552. La primera de estas canciones declara la Dieta de Augsburgo como fracaso completo y advierte a Carlos V que ande con cuidado para no perder la corona imperial al intentar una guerra contra los protestantes. Los de arriba, prosigue el autor, no cuentan, sino el pueblo, que en su gran mayoría es protestante. La espada del Emperador se compara con un junco débil y nadie debe temerla. Diez años más tarde, en 1540, dice un autor que todas las Dietas imperiales ya no sirven para nada y tampoco las propuestas de concilios. La autoridad imperial, por culpa del Emperador mismo, es casi inexistente; el Emperador es un tirano y acabará como todos los tiranos.

En 1543 los católicos reaccionan y aparecen una serie de can-

ciones de alabanza al Emperador, quedándose, no obstante, todas estas canciones en lugares comunes, diciendo que el Emperador es «el elegido de Dios», que tiene «gran fama», que es «lleno de sabiduría», es «misericordioso» y «amante de la paz». Sólo una canción reprocha a los alemanes que no saben apreciar tanta bondad y los sacrificios de Carlos V. Tienen que avergonzarse de su actitud, según dice el autor. Todos los que rompen el juramento de fidelidad y tienen trato con señores extranjeros son traidores a la patria.

En 1546, identificándose el protestantismo extremista con el nacionalismo alemán, se hacen los protestantes cada vez más antiespañoles y, en sus ojos, Carlos V llega a ser más y más Carlos I de España, un extranjero. Desde 1530, en que encontramos todavía una canción protestante alabando a España, Madre de Emperadores, hasta 1546, el concepto nacionalista, el protestantismo político, ha evolucionado mucho, sin impedir por esto que estos mismos nacionalistas abandonen en 1552 a los franceses ciudades pertenecientes al Sacro Imperio.

En la primera de estas canciones protestantes se finge todavía querer atraer al Emperador a la Reforma o, por lo menos, obligarle a guardar la neutralidad frente a los dos grupos en pugna. Pero unos pocos versillos después se acusa al Emperador de hacer el juego de los «enemigos de Alemania», que por todos los medios quieren exterminar a los «verdaderos alemanes», los protestantes. Los preparativos de la expedición a Argel se interpretan como preparativos para una guerra contra los protestantes alemanes. El Emperador ha traído a los españoles, los peores enemigos, se dice, los que se burlan de los alemanes, violan a sus mujeres, roban y, por un doblón, están dispuestos a vadear en sangre alemana. Hay que echarlos del país.

Es claramente nacionalista la canción titulada «La palabra de Dios es eterna», de 1546, mencionada por Karl Brandi para probar el nacionalismo alemán ya en 1520. En esta canción, de tipo «somnium», se nombra por primera vez a Ariovisto, Arminio, Federico Barbarrossa y Jorge Frundsberg, «todos alemanes de cuatro costados». De la conversación de ellos resulta que Carlos V ha traicionado a Alemania, sometiéndose por completo al Papa. Todos los alemanes están ahora en su derecho de hacerle la guerra. A la vez, este autor se disculpa ante Francisco I en nombre del pueblo alemán. Otra canción del mismo tipo pone a Doña Germania en presencia del Emperador y sus consejeros, hablando ella sola alemán. Germania hace ver a Carlos V la historia de la Casa de Austria desde Rudolfo de Habsburgo hasta Maximiliano I, todos «emperadores alemanes». Reapa-

rece la misma comparación ya como tópico en otras canciones ulteriores, declarándose a Carlos V la vergüenza de los Habsburgos. Se repite que Carlos V había saqueado al Imperio pretextando ayudar a los húngaros para malgastar el dinero sin conseguir nada en absoluto. Se le censura de haber traído a Alemania a los españoles, «marranos y violadores de mujeres». La divisa «Plus Ultra» ya habría tenido que ser una advertencia, dice un autor, porque hoy se ve que Carlos V había olvidado por completo que el Emperador no es más que *primus inter pares*, y se alude a la intención de Carlos V de llegar a la monarquía. Aumentan en esta época considerablemente las canciones contra los españoles. Hablan de «la idolatría del Papa y las matanzas de los españoles, de la fornicación y el robo de ambos, que son peores que los turcos». La lucha contra los españoles es la lucha por la libertad definitiva de Alemania, como dice otra canción. Hasta una termina con la exhortación: «Matad a los cochinos y perros españoles como se mata a las ranas y enseñadles lo que significa meterse con los alemanes.» Contra los supuestos intentos de Carlos V de convertir el Sacro Imperio en una monarquía absoluta, una canción cuenta la historia de un carnicero de Flandes que tenía un corral con 400 cabezas de ganado ovejuno. Acabó por matar a todos.

Frente a las canciones políticas de origen protestante hay en este período otras tantas de inspiración católica. Estas defienden la actitud del Emperador diciendo que es superior a los príncipes y no *primus inter pares*. De la guerra de Schmalkalden dicen que «es gran vergüenza para Alemania que haya ocurrido tal matanza». Jamás en otra nación, prosigue, se han cometido tales crímenes como los que ahora cometen los protestantes en Alemania. La llamada «Cantilena Imperatoria", de 1546, traducida también al latín, se considera como manifiesto directamente inspirado por el Emperador. Empieza por exponer la tesis de que ningún poder podría sostenerse sin someterse al gobierno de Dios. Encomienda Carlos sus reinos al Señor para emprender con tranquilidad la lucha contra los rebeldes y para castigar a los que con su tiranía oprimen a los pobres. Luego, se pregunta por las causas de la debilidad actual del Sacro Imperio, y contesta: son el desprecio de los deberes que impone el cargo, el vivir cada cual según su propio parecer, el querer erigirse cada uno en árbitro de cualquier asunto, el menosprecio de la tradición y la falta del amor al prójimo. En otra ocasión un autor hace contestar al Emperador a las censuras, negando que fueran el Papa, los obispos y otros quienes le hayan instigado a la lucha contra los rebeldes. Tal alegato es atentatorio a la reputación del Emperador, que declara ser el único respon-

sable de sus actos y decisiones. Pero a pesar de todos sus esfuerzos para liquidar los antagonismos religiosos en Alemania teme el Emperador haber fracasado. Mientras las canciones protestantes ven en los españoles los peores enemigos, los católicos ven en ellos sus mejores aliados, y una canción hasta termina cada estrofa en el curiosísimo estribillo: «*Kyrie,* los españoles están en el país.»

A partir del año 1546 hasta 1552 la canción política se ocupa de asuntos locales. En 1547 algunas canciones católicas dan las gracias a Dios por haberse puesto al lado de Carlos V, testimoniando así que el Emperador había luchado por la verdadera fe, el Sacro Imperio y el orden. Los protestantes producen unas pocas canciones en forma de «llanto» por el cautiverio del landgrave.

En 1552 la sorprendente impasividad del Emperador ante los preparativos de Mauricio de Sajonia y sus aliados origina unas canciones católicas con el grito: "¡Despierta, noble Emperador!"

Después de estallar la nueva guerra, algunas canciones censuran amargamente a los príncipes que arrasan el país y quieren quitar a Carlos V el imperio y la vida. Me parece muy simbólica la última de las canciones políticas referentes a Carlos V. Es de origen protestante. Se funda en los capítulos XI y XII del cuarto libro de Esdra, que trata del hundimiento del Imperio Romano. El águila con sus plumas rebeldes (Carlos V) había ensuciado su propio nido, como nos dice el autor, había quitado la sangre a las aves a las cuales perteneció el nido, había tratado de imponer a sus críos (Fernando), había dado entrada a aves ajenas, sobre todo a los cuervos de España. Pero las aves del nido se rebelaron y el águila quedó muy mal parada.

A partir del año 1552 nos faltan canciones políticas referentes a Carlos V. Pocos años después el Emperador se despoja de los signos exteriores del Sacro Imperio, pero no como vencedor, como decían los vaticinios, sino como vencido. Y quiero terminar mi modesta y sumaria exposición con las mismas palabras que Carlos V, casi proféticamente, escribió en 1543 para su hijo Felipe II:

«En estas dudas siempre os atened a lo más seguro, que es a Dios, y no cureys de lo otro.»

Murió el Emperador ateniéndose a lo más seguro, ya que el mundo empezó a tambalearse.

Anton M. Rothbauer.
Ruckler Berggütel, 9.
GRAZ (Austria).